

ha dejado de ofrecer las pruebas, a veces muy duramente obtenidas, de su recorrido órfico.

Con todo, no puede decirse que la situación del poeta en nuestro tiempo sea idéntica a la experimentada por Mallarmé. Se diría que de la actitud «órfica» de éste ha heredado el siglo XX, y de manera tal vez más intensa en estos años que constituyen su fin, un sentido *sacramental* de la práctica de la poesía —uno de los valores, por cierto, más estimados por algunos poetas de nuestro siglo—, esto es, antes que cualquier otra cosa, un «signo sensible» de interioridad espiritual, una suerte de *mysterium* milagrosamente traducido en la palabra. Se trata de una *espiritualidad* que, además de ver en el lenguaje el hecho poético por excelencia, y de confundirse con él (como dijo del autor de *Hérodiade* uno de sus discípulos), difícilmente concibe ninguna práctica poética fuera de un designio de religación. Lo que ha cambiado, desde Mallarmé a nosotros, es que esa extrema conciencia del lenguaje, en el que reside, sí, el hecho poético por excelencia, lo es también de que hay algo que va más allá de él, y que el misterio del lenguaje nos remite a la pregunta por lo que está más allá del lenguaje.

Se diría, en fin, que en el proyecto mallarmeano (el proyecto poético —no puede negarse— de mayor gravitación en la lírica del siglo XX) se ha operado una sutil metamorfosis. No es que la «purificación» buscada por el poeta francés haya desaparecido del horizonte del poeta de este otro fin de siglo (pues también hoy, como se ha visto, las palabras están heridas de muerte y reducidas más que nunca a una exclusiva «función» utilitaria), sino que la vida de la palabra pide hoy del poeta un reencuentro (una religación) con el más allá de la palabra como único modo de reconciliar al hombre con el *mysterium* del ser (y también del «ser terrible» y sus «abismos dolorosos» en la Historia). Un misterio o una sacramentalidad del sentido y el lugar del hombre en el mundo que necesariamente desemboca en un encuentro o reencuentro con la presencia.

El designio de trascendencia implica, también necesariamente, la búsqueda de una *ética*. «La trascendencia no es una óptica, sino el primer gesto ético», leo en Emmanuel Levinas. Esta ética no es la de la satisfecha contemplación de la palabra poética como la *supreme fiction*, peligro que logró sortear en sus propios poemas Wallace Stevens; ni la de la mudez *después de Auschwitz*, una mudez que la sola palabra de un Paul Celan pone en cuestión. Por no salirnos de los casos de los poetas citados, se trata de la ética de la *vida de la palabra* tal y como en ellos en verdad aparece, una palabra en la que ningún autismo es ya posible, pues que *el mundo de la palabra es ya en ellos la palabra del mundo*. Para Stevens y Celan —del modo tan divergente, por otra parte, que se da en estos dos poetas—, esa ética consistió ante todo en una reintegración a las palabras

de su riqueza perdida, de su vivacidad, de su valor y de su espesor espiritual. No importa que el signo de la palabra sea aparentemente negador o, por el contrario, aparentemente feliz y casi hasta complaciente (de hecho, la palabra de Celan pone el acento en la destrucción de un mundo y de su mundo; la de Stevens, en cambio, en la delicada construcción de un universo imaginario que nunca dejó de apoyarse en el mundo real). Lo que en verdad debe importarnos es que las palabras recobren su poder espiritual ante la continua desvalorización a que las somete una cultura que «comercia» con ellas interminablemente hasta desgastarlas y anularlas, y que esa *vida* nos hable de lo que, más allá del lenguaje, nos hace reencontrarnos nuevamente con el mundo. Cuando digo que el mundo de la palabra no ha de ser distinto a la palabra del mundo estoy hablando de una palabra que, como por milagro («la poesía es el único milagro para el que se nos ha concedido permiso», escribió Baudelaire), logra unificar o reunir dos dimensiones que ahora se vuelven indistinguibles. El lugar de Tehuantepec, del que nos habla uno de los más bellos poemas de Wallace Stevens, «Sea Surface Full of Clouds», es tanto un lugar real como una construcción de las palabras. Y son precisamente esas palabras las que nos hacen ver y comprender de otra forma el mundo real. Tehuantepec es ya, sí, un lugar del espíritu.

No es extraño que algunas voces nos hayan advertido que en una época como la nuestra, saturada de nihilismo, la defensa de la riqueza y el valor de la palabra sea, literalmente, «el principal instrumento de confrontación que nos queda», para decirlo con Ernst Jünger. De ahí que el escritor alemán alabe la idea (el «augurio»), que venimos oyendo formular hace ya tiempo, de que el siglo XXI será el siglo de una «espiritualización formidable». ¿Es ese estallido lo que ciertas obras de este fin de siglo preparan? ¿Sería ese el signo que define a nuestra época como período de transición? ¿Será eso, en fin —al menos en parte—, el *más allá de lo moderno* del que apenas puede decirse nada aún, pero que aparece como una honda preocupación intelectual y moral en nuestro fin de siglo?

No me parece del todo inútil aclarar aquí que, cuando hablo de lo «trascendente» buscado por la poesía en la vida de la palabra, no me refiero a la poesía como «género», sino a toda creación verbal inscrita en esa órbita de búsquedas. Y es sabido que, en lo moderno, no cabe hablar de ciertas novelas sino en los términos de la más alta poesía. Por otra parte, y como he tenido oportunidad de exponer en ocasión distinta, es en esas «novelas» donde, precisamente, ha alcanzado lo «poético» o la palabra poética algunas de sus más hondas expresiones en el mundo contemporáneo.

La nuestra es, se diría, una cultura de la desilusión (de la «utopía» irrealizada) que necesita reencontrarse a sí misma. Y que no lo hará tal

vez sino reencontrando lo sagrado, las fuerzas de una espiritualidad capaz de destruir los límites que separan al hombre de sí mismo y lo han alejado de su conciencia de la temporalidad y de la muerte. Si la poesía constituye, como ha señalado recientemente Octavio Paz, «el antídoto de la técnica y del mercado», ¿qué búsqueda más alta que la que, enfrentándose irremediabilmente a una cultura tecnológica que la expulsa de su seno, hace una y otra vez la poesía a través de la experiencia interior, una experiencia que impugna toda uniformización? Lo que esa *mirada hacia adentro* refleja, lo que el trabajo del poeta explora en la vida de la palabra, es la de una suprema *caza espiritual*, una caza de la que hablan obras tan distantes en el tiempo, pero tan representativas de la tradición occidental, como son las de san Juan de la Cruz y la de Rimbaud. No es otra, acaso, la esperanza que la palabra de la poesía nos asegura: una caza o una búsqueda en las que nuestro ser se constituye.

¿Continúa el poeta de este otro fin de siglo, en verdad, «esculpiendo su propia tumba» ante una sociedad que «no le permite vivir»? El poeta sigue condenado, sí, a los márgenes, pero es hoy más consciente de su esencial trabajo de esperanza. Socialmente aislado, el poeta también esculpe hoy su propia tumba. Sin embargo, ya no vemos en esa tarea —ni la ve el poeta mismo— la tragedia de un destino de atroz «inutilidad» social, sino el supremo testimonio espiritual de la búsqueda de una reconciliación del hombre consigo mismo y con la muerte. La palabra poética nos reconcilia con nuestra esencial temporalidad y, como quería Hegel, nos vuelve conscientes de que esa vida, la vida del espíritu, «no es la vida que se asusta ante la muerte y se mantiene pura en la desolación, sino la que sabe afrontarla y mantenerse en ella». En un mundo, el nuestro, que debe renunciar a transformar la sociedad si ha de ser al precio de una puesta entre paréntesis de la idea de libertad, la palabra de la poesía parece llamada a oponer su fe profunda y su resistencia al miedo y a la desolación. ¿Puede ser otra, acaso, su función más alta y verdadera: la restitución de la presencia bajo el signo de la religación del mundo visible y del mundo invisible?

**Andrés Sánchez Robayna**

# HISTORIA MEXICANA

VOL. XLII, ENERO-MARZO, 1993, NÚM. 3

167

## ARTÍCULOS

*Jaime E. Rodríguez O.*

**La independencia de la América española: una reinterpretación**

*Josefina Zoraida Vázquez*

**Un viejo tema: el federalismo y el centralismo**

*Roberto Cortés Conde*

**El crecimiento de las economías latinoamericanas, 1880-1930**

*Stephen H. Haber*

**La industrialización de México: historiografía y análisis**

*Jacqueline Covo*

**La prensa en la historiografía mexicana: problemas y perspectivas**

*Jean Meyer*

**Una historia política de la religión en el México contemporáneo**

*Tulio Halperin Donghi*

**Hispanoamérica en el espejo. (Reflexiones hispanoamericanas sobre hispanoamérica, de Simón Bolívar a Hernando de Soto)**

*Enrique Tandeter*

**El periodo colonial en la historiografía argentina reciente**

HISTORIA MEXICANA es una publicación trimestral de El Colegio de México. Suscripción anual: en México, 76 nuevos pesos. En Estados Unidos y Canadá: individuos, 32 dólares; instituciones, 50. En Centro y Sudamérica: individuos, 26 dólares; instituciones, 34. En otros países: individuos, 42 dólares; instituciones, 60. Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a El Colegio de México, A.C., Departamento de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Col. Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D.F.

Adjunto cheque o giro bancario núm.: \_\_\_\_\_  
por la cantidad de: \_\_\_\_\_

a nombre de **El Colegio de México, A.C.**, como importe de mi suscripción por un año a **HISTORIA MEXICANA**.

Nombre: \_\_\_\_\_

Dirección: \_\_\_\_\_

Código postal: \_\_\_\_\_

Ciudad: \_\_\_\_\_

Estado: \_\_\_\_\_

País: \_\_\_\_\_